
En el intervalo Fernand Braudel había reflexionado largamente en sus artículos sobre las relaciones espacio y tiempo, entre centros creativos y periferias inmóviles, entre presencia espiritual de larga duración y maneras de evadirse de ellas. Creo haber sido justo con este esfuerzo epistemológico a menudo ignorado por los historiadores que trabajan los acontecimientos el día al día y por los filósofos profesionales. Y creo que Braudel lo supo.

En su segunda fase de la producción histórica, tardía teniendo en cuenta las responsabilidades asumidas, Braudel sobrevoló de nuevo la historia de la Edad Media y, en algunas ocasiones, llegó hasta nuestros días. Lo hizo a través de lo que denominó "las estructuras délo cotidiano", "los juegos del intercambio" y "los tiempos del mundo". Creo poder afirmar que a Braudel se le ha comprendido mejor fuera de Francia, en Italia y en los Estados Unidos, y que también se le ha entendido mejor en los años ochenta que en los sesenta. Se trata de una cuestión difícil puesto que el historiador está en la historia. Nuestro siglo terminando ya, parece o tiene la ilusión de querer parecer a los siglos de los grandes financieros y de los grandes intercambios más que a los siglos de producción pesada que les precedieron.

Nunca escondí que no seguí a Braudel ni menos a sus continuadores en la pendiente de ciertas justificaciones ideológicas. No quisiera que cuando describo mi admiración hacia él se atribuyera la acción a las puras normas del estilo necrológico. La aportación de Braudel no puede ser menosvalorada. Iba a decir, incluso, aunque sea exclusivamente por su forma de hacer, que se sabe abrumadora. Pero, aquí, tampoco, quisiera ser mal interpretado. Braudel se parece quizá más a Monet que a Cezanne, pero incluso si se prefiere a Cezanne, no puede negarse al genio de Monet su fuerza reveladora.

Tomado de *EL PAÍS*

Leer el capitalismo

Emmanuel Le Roy Ladurie

Se queda uno atónito frente a la prodigiosa obra (tres volúmenes de más de 1500 páginas) que Fernand Braudel publica sobre *Civilización material, economía y capitalismo*. Especialista del segundo milenio después de Cristo, con miradas prospectivas hacia el año 2000 y retrospectivas de este lado del año 1000, el

Creo poder afirmar que a Braudel se le ha comprendido mejor fuera de Francia, en Italia y en los Estados Unidos, y que también se le ha entendido mejor en los años ochenta que en los sesenta.

Muchos historiadores de esa generación pasaron de la crónica de las estructuras sociales a las de las mentalidades. Braudel, en cambio, fue fiel a las inspiraciones de su juventud.

autor se "centra" en seis o siete centenas de años (se pierde la cuenta), que corren entre los siglos XE-XII y XVIII-XIX, con un centro de gravedad en torno a 1500-1800; en suma, del Renacimiento a la Revolución Industrial.

Muchos lectores no tendrán la paciencia ni aun el tiempo para seguir a Fernand Braudel a lo largo de las riberas y meandros del río, a lo largo de los afluentes, los canales y los remansos. Quedarán desconcertados por el caudal amazónico del saber del maestro: veinte años de investigaciones vertidos en un millar y medio de páginas.

Esos lectores apresurados se lo perderán. ¿Dónde se encuentran los historiadores que simultáneamente pueden estudiar con autoridad, competencia y sin falsedad la Italia del siglo XIII, la Holanda del XVII, la Gran Bretaña en 1750 y la Malasia de la baja Edad Media, sin olvidar la India de Aurengzeb y la Rusia de la época de Pedro el Grande? Desde la muerte de Toynbee —quien por lo demás, está en un plano muy diferente—, no creo que puedan encontrarse muchos atletas intelectuales de este porte. (Citaré al menos, dentro de la misma vena, a Georges Dumézil). Saludemos, pues, la grandeza cuando está fuera de toda discusión.

Un estilo materialista

El primer tomo de esta triple serie trata, propiamente dicho, de la vida material anterior al siglo XIX: La historia del pan, del arroz, del maíz, del hierro... y de muchos hombres...; gente y productos que son los átomos o "tabiques" elementales a partir de los cuales se levantará el edificio del "capitalismo". Una primera versión del volumen inicial apareció en 1967, pero sin notas a pie de página. Esta vez, en la edición de 1979, las referencias están en su lugar; éstas nos remiten a innumerables obras y expedientes de archivos que el autor, en diversas lenguas europeas, consultó a lo largo de viajes y estancias de estudio; cotejó, sin tregua, esa información con la que obtuvo de sus discípulos y colegas. Al evocar el sedimento histórico de los hombres —el alimento, el metal, la masa demográfica... — Braudel afirma, sobre todo, su propio estilo materialista.

La nostalgia del "viejo Karl"

Muchos historiadores de esa generación pasaron de la crónica de las estructuras sociales a la de las mentalidades. Braudel, en cambio, fue fiel a las inspiraciones de su juventud. Buscó los secretos concernientes a la producción de bienes y la vida en sociedad en el interior mismo de dicha producción y dicha vida. No considera esas entidades materiales o sociales como si ellas no fueran más que una consecuencia vulgar de la religión o de la ideología: en ese sentido, el autor de esta *Civilización*, paradójicamente,

está más cerca de Karl Marx que de Max Weber. Es cierto que su "marxismo" tiene límites: Braudel manifiesta algún escepticismo frente a las posibilidades que el socialismo (en su pleno sentido) tendría de substituir totalmente al capitalismo, al punto de ser más eficaz que éste. Pero del "viejo Karl" conserva la permanente nostalgia de valerse de lo material, lo económico y, en el mejor de los casos, de lo social, como principios de base de una elucidación de los bienes, mercados y manufacturas.

Finalmente, nuestro autor se interesa bastante poco por el papel desempeñado por las grandes religiones: protestantismo, budismo y confucianismo. Según él, éstas no patrocinan el desarrollo del capitalismo en tal o cual región del globo —en Holanda hacia 1650, en Hong Kong o Taiwan hacia 1970, etc. Es cierto que el protestantismo no podía estimular a los capitalistas venecianos del siglo XIII, quienes no preveían ni a Lutero ni a Calvino; honraban por fuerza a la Virgen y a San Marcos, ridiculizados por los hugonotes. Y sin embargo, a partir de 1630, con el relativo eclipse de Genova-1 a-Católica, en términos generales los países protestantes (Holanda, Inglaterra, Alemania, por una parte, USA) o bien los países jansenistas (Valonia y el norte de Francia) son efectivamente los que "despegaron"; entraron "a todo vapor", hay que decirlo, a la vía capitalista.

Las "grandes moléculas"

El segundo volumen pone en juego las "grandes moléculas", gracias a las cuales tomarán forma la estructuras cronológicas más complejas que aparecerán en el tercer tomo. A medio camino del capitalismo, este segundo volumen ubica el "intercambio": tiendas, mercados, ferias, compañías de comercio, sociedades semi-anónimas; aún no tienen el brío ni la modernidad de nuestras contemporáneas "sociedades por acciones". La primacía de los negocios, en cuanto a la definición del capitalismo, parece decir que éste es casi tan antiguo como el comercio en el Mediterráneo. Si creemos en Braudel, Adam Smith no se habría sentido extraño en Cartago en el año 500 antes de Cristo ni en Narbona, de donde los comerciantes judíos llegaban hasta China en el primer milenio de nuestra era. Para Braudel es la ocasión de situar a los pueblos fecundos que por diferentes razones se especializaron en el intercambio: ingleses, judíos, holandeses, armenios.

Nuestro autor también nos recuerda la muy antigua existencia de un capitalismo agrario paradójicamente ligado al... "feudalismo". En los grandes dominios de los señores "ilustrados" de Francia y sobre todo de Inglaterra (hacia 1750) se introducen los perfeccionamientos agronómicos, nuevos modelos de arados, de sembradoras. Aun los dominios serviles de Polonia (1600) o las plantaciones esclavistas de Alabama (1850) "son capitalistas a su manera", desde el momento en que venden su centeno o su

.. ,el autor de esta Civilización paradójicamente, estarnas cerca de Karl Marx que de Max Weber.



*ciudad,
como una piedra que cae en el
agua, modifica el paisaje la rodea
creando círculos concéntricos. . .*

algodón al mundo occidental. También funcionan pequeñas agriculturas que por unos cuantos centavos no alcanzan a ser capitalistas, pero están ligadas al mercado; son increíblemente eficaces; son los cultivadores flamencos del siglo XVI o los campesinos minifundistas chinos.

Pasando de la tierra a los talleres artesanales familiares —talleres que también son dormitorios para los artesanos, sus mujeres y sus hijos—, Braudel evoca los inicios del capitalismo industrial. En el trabajo a domicilio, un comerciante provee de materia prima a artesanos que laboran en familia dentro de sus propias casas, y posteriormente el comerciante recupera un producto terminado, después de dar, en el lapso transcurrido, un salario a los trabajadores; con todo lo cual el comerciante se queda con una jugosa utilidad.

De paso, Braudel pone en juego una visión del estado monárquico del Antiguo Régimen como colaborador indispensable de la modernización de la economía. Ese tipo de estado es menos pujante de lo que se piensa normalmente: los intendentes provinciales de la época de Luis XIV, precursores funcionales de nuestros actuales prefectos y superprefectos, no tenían a su disposición ni teléfono ni secretarías ni un cuerpo policíaco a sus órdenes. Trabajaban a brazo partido, pero era un brazo sin dedos.

El surgimiento del monstruo

El paroxismo del libro se sitúa, a mi entender, en la primera parte del tercer tomo. Hace pensar en el pasaje sobrecogedor en que emerge el monstruo marino en los últimos momentos *de Fedra*, de Racine. Esta vez el monstruo es "el mundo económico". Tratemos de explicar este concepto, que ya habían utilizado Fernand Braudel, después Fierre Chaunu y por último el americano Immanuel Wallerstein: se trata, en el caso de los tres, de una traducción necesariamente desafortunada de la palabra alemana *Weltwirtschaft*.

Sobre este punto, los tres historiadores se inspiraron en la obra ya antigua del economista germano Von Thünen. Todos saben que una ciudad, como una piedra que cae en el agua, modifica el paisaje que la rodea creando círculos concéntricos; a su alrededor desarrolla una franja de hortalizas y de producción lechera —estos productos, antes perecederos, exigían una transportación ágil y a corta distancia; después venía un círculo verde de bosques —Fontainebleau, Chantilly, en el caso de París: la madera es pesada y requiere también que su destino urbano se encuentre bastante próximo. Más lejos aún, se extendían vastas planicies sembradas con trigo. El círculo de las praderas ganaderas es el más alejado de todos —la floresta normanda, por ejemplo, surtía de bovinos la capital. En efecto, el ganado se desplaza en cuatro patas y puede llegar de muy lejos.

Braudel en sus tres volúmenes utilizó frecuentemente este esquema concéntrico. Lo aplicó, como Wallerstein, a tal o cual "mundo económico", en cuyo centro siempre se encuentra una gran ciudad: Venecia en la Edad Media, Génova hacia 1600, Ams-terdam hacia 1650, Londres en 1780 o 1860, Nueva York en 1950. En torno de esta ciudad se desarrollan países ricos, industrializados, su agricultura es intensiva: forman el "centro" del sistema. Luego, una "corona" de regiones o de naciones pobres, explotadas, subdesarrolladas, constituye la "periferia": éstas surten al centro de materias primas y de productos alimenticios gracias al trabajo de los esclavos—que producen el azúcar de las Antillas bajo el reinado de Luis XV— o gracias al trabajo de los siervos —que suministran el centeno polaco, exportado en el siglo XVII a los Países Bajos.

El tercer volumen no se limita a desarrollar esta teoría del "mundo económico" como nebulosa arremolinada, devoradora y radioconcéntrica; también la somete a prueba en el terreno de lo concreto: la Hansa báltica y la Italia medieval, Países Bajos de Amberes y Amsterdam en tiempo de Rubens y Rembrandt, economía genovesa ... Una excursión hacia las "periferias", donde Rusia y la India compiten con el África negra, casualmente nos lleva hasta el "mundo económico" de la Malasia antes de la llegada de los portugueses. El libro culminará con un fresco de la Revolución Industrial en Inglaterra, creadora de nuestro "mundo económico" contemporáneo.

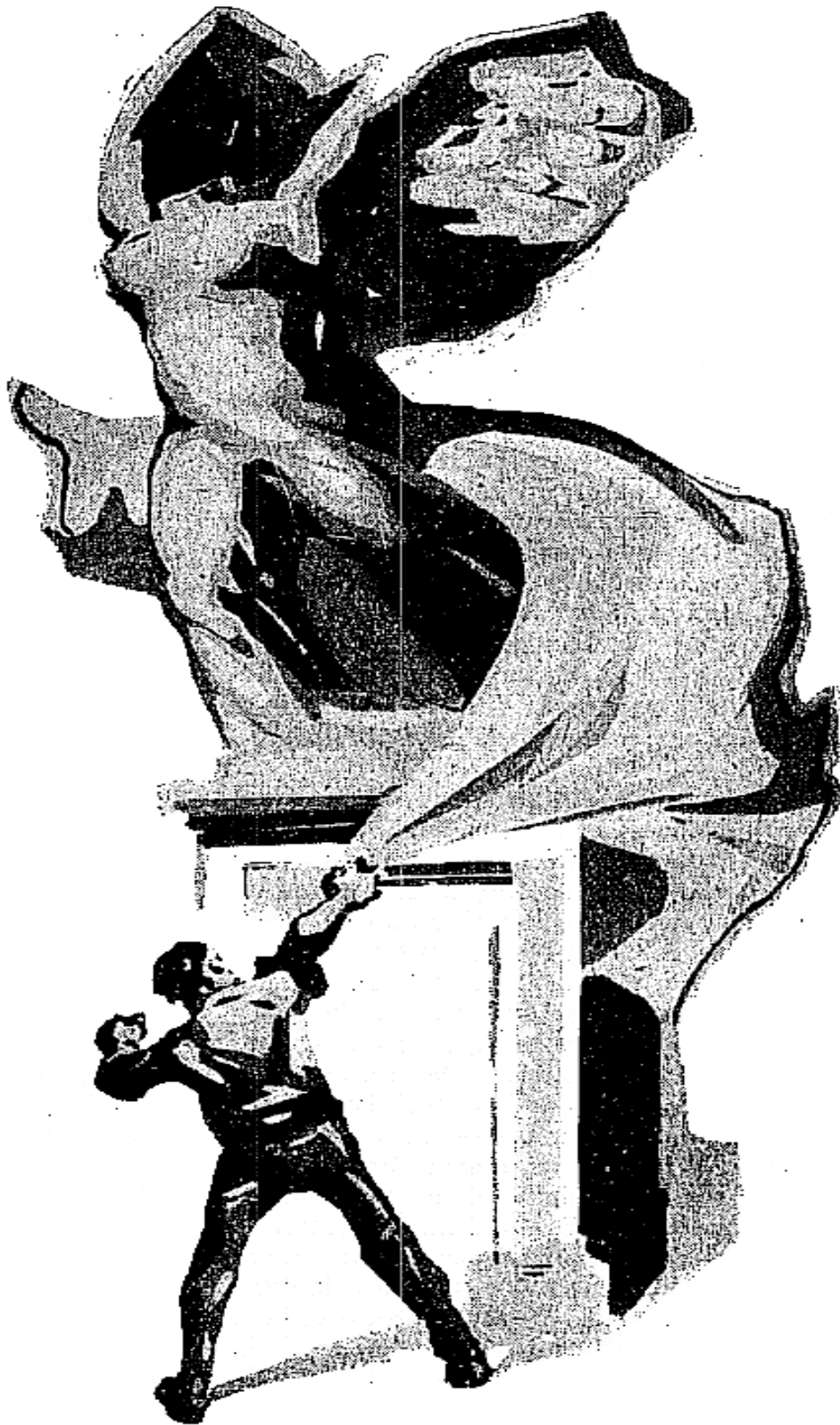
Habrá que ver una y otra vez esas mil quinientas páginas tranquilamente, con el tiempo suficiente, en un mes de verano, lejos del teléfono, en un solitario chalet a 1200 metros de altitud., Al final de una primera lectura, todavía no sé muy bien por qué un capitalismo mundial y bimilenario da a luz finalmente, hacia 1780, en una isla perdida en el Mar del Norte, una revolución industrial que nos convierte en lo que añorásemos. Sin embargo, me quedo encantado con una descripción suntuosa, universal y casi siempre constante. Braudel lo dice y lo repite a los provincianos que somos casi todos: la buena historia es la mundial.

Las hazañas de los matemáticos —y las de los futbolistas— terminan a los treinta años de edad. Más afortunados, los genios de la pintura, los grandes historiadores, los verdaderos hombres de estado, con la edad se benefician de la plenitud acumulativa del saber y del talento. En su Francia natal Braudel no fue colmado con los honores que habría merecido ampliamente: las elecciones académicas, los grandes premios, las medallas de oro o incluso de chocolate, no le fueron prodigadas. En el extranjero, sus libros en ediciones de bolsillo se venden hasta en las farmacias. Y sin embargo, en la persona de Braudel, Francia tiene el privilegio de poseer el equivalente de un Spengler o un Toynbee.

Braudel lo dice y lo repite a los provincianos que somos casi todos: la buena historia es la mundial.



Tomado de *Le Mandé*



¡LABOR!